

que entraña la técnica de la moneda hispano-americana. Le agradezco muchas soluciones que su obra me proporcionara. Recuerdo entre algunas, la aclaración de un concepto, que reiteradamente hallé en los manuscritos que conserva la Casa de Lima. Me refiero a la palabra denominada "remache". Nunca di con su exacto significado por más indagaciones que hice. Aunque por el contexto de los libros supuse de lo que se trataba, Burzio apunta su explicación precisa. Este ejemplo es uno de los tantísimos auxilios que a sus sabias páginas debo.

La edición del Diccionario es lujosa y sin erratas. La ha realizado el "Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina" que dirige con acierto y entusiasmo el Director de la Biblioteca Nacional de Chile Guillermo Feliú Cruz. Inserta la obra al final, importante bibliografía. En ella cita el primero de los trabajos que escribí sobre el tema de la moneda peruana, tal vez, de conocer los míos posteriores, ciertos tópicos que dilucida hubiesen sido ampliados.

*Manuel Moreyra Paz-Soldán*

*Fernando Silva Santisteban. — Los Obrajes en el Virreinato del Perú. Edit. Talleres Gráficos P. L. Villanueva S. A. (168 páginas). — Lima 1964.*

Sobre temas histórico económicos durante el período Colonial, el libro publicado por Fernando Silva Santisteban "Los Obrajes en el Virreinato del Perú" merece citarse como esfuerzo de investigación notable. Es materia que hasta el presente no había tenido la suerte de haber sido tocada sino de manera esporádica o con aisladas referencias. En cambio, esta monografía enfoca el problema con unidad orgánica, investigación sólida y exposición clara. Lo entregado, no es la obra completa del Autor, da un resumen de labor más minuciosa, ha cercenado principalmente la abundante legislación virreínicia.

Divide el libro en cinco grandes capítulos y muchos párrafos. La introducción es el pórtico del desarrollo temático. Es mirada lúcida, de cómo se inicia en el Perú la etapa industrial, uno de cuyos aspectos, y, sin duda el de peculiaridades más significativas, por su larga supervivencia y extensión geográfica en América, es el Obraje. Su inicio, obedeció a razones imperiosas, escasez de ropa, alto precio de las telas e incapacidad de la industria metropolitana de satisfacer la demanda de tales elaboraciones en suelo indiano.

Desde el ángulo de la producción, tres son los pilares básicos de la economía asentada en el Virreinato. La minería, como lo insustituible en el trueque de la exportación y, para la vida interna, la agricultura autárquica comarcana y junto a ella, los artículos que procedieron de los O-

brajes, los que tienen modalidad harto diferente del vastísimo mundo del artesanado con impronta individual o en el recinto estrecho del taller. Hállase el Obraje, en vertiente lejana del quehacer solitario de la pequeña oficina del maestro y sus reducidos oficiales o aprendices.

Los Obrajes, es el anticipo en solar americano, de lo que iba a ser en Europa la gran industria a partir de fines del siglo XVIII. Fueron fábricas con amplitud nada afín a los talleres de la artesanía que comandaba un sólo hombre, mitad artista y mitad obrero y que, en compensación a su destreza ejemplarizadora, recibía ayuda de principiantes afañosos de conquistar la habilidad de los maestros. En los Obrajes hubo dispersión de labores, se organizaban secciones de hechuras dispares que luego rematarían en la unidad dispuesta por el jefe ú obrajero intelectual. Para tales menesteres singularizados, se agrupaban cientos de operarios indios recludos en determinado lugar. Refleja esto un atisbo de lo que llamamos ahora "la división del trabajo".

Hubo en los Obrajes variedad de tipos. Se les designaban: enteros, medios obrajes, abiertos y cerrados, obrajuelos y chorrillos. En su aspecto material, los de importancia cubrían extenso galpón de varios cobertizos, con ventanas pequeñas defendidas por barrotes de fierro. Además, nuevos recintos crecían según las necesidades específicas de las confecciones. Los artefactos o maquinarias, en casos requeridos iban junto a las acequias proveedoras de agua o a la vera de abierto patio empedrado y pozos de almacenamiento.

La industria textil fue la más expandida en Europa por su voluminosa demanda. Antes de iniciarse aún la Edad Moderna, contaron las ciudades castellanas y aragonesas con focos empapados de tradición y que, los Monarcas favorecían con definida política de aliento. Estos Obrajes de ultramar, conservaron las características de los gremios municipales de donde procedían. Respetaban las funciones propias de cada oficio. Su filiación medioeval está a la vista en las "Ordenanzas" de Fernando el Católico. En los albores del siglo XVI, la industria fabril española se halla en su apogeo. Centros de sonado prestigio son los de: Sevilla, Burgos, Segovia, Villacastín, Baeza y otros. Pero, al finalizar la centuria, asoma su decadencia y con ella, la imposibilidad de acudir a los requerimientos de América. Tanto es así, que en las Cortes de Valladolid de 1548 se prohíbe a los indianos adquiriesen géneros ultramarinos, lo cual implicó protección indirecta a los Obrajes. Tal impedimiento les dá impulso e irán apareciendo con celeridad desde Guadalajara en Méjico, hasta Osorno en la Capitanía de Chile y, con florecer tupido en el Virreinato del Perú y Audiencias vecinas. Su vastedad la puntualiza Silva Santisteban en el capítulo que llama: "Geografía de los Obrajes".

Fueron verdaderos centros industriales. No se hilaba y tejía únicamente jergas, cordalletes, bayetas y frazadas. Así lo señala el gran jurista Solórzano y Pereyra en su "Política Indiana" con este párrafo. "No

eran solo estambres de poco precio sino paños buenos de toda suerte y jerguetas y rajás y otros tejidos de igual estima que casi se podían comparar con los mejores labrados en España”.

Comúnmente se ha creído que los Obrajes de América apenas elaboraban tejidos de lana y de algodón. Su amplitud es muy otra. En verdad fueron centros manufactureros que, a más de las telas señaladas, entregaron al mercado —dice el Autor— “Piezas de cabuya, sogas de cáñamo, mechas para arcabuces, alpargatas, baquetas, cordobanes, costales, sombreros, piezas de loza y vidrios y hasta pólvora”. Y en la peculiaridad de objetos de lana, algodón y lino hicieron: paños; pañetas; frazadas; bayetas; tocuyos; jergas; ponchos; cordalletes, pellones, manteles, alforjas, colchas; alfombras; medias albas; paños de mano; pañuelos de vicuña; sombreros y confecciones olvidadas. Tal enumeración exhibe la valía del conjunto industrial desenvuelto en los años de la dominación española. Su vigor gozó soplos de progreso y períodos de postración en su discurrir temporal. Así mismo en el geográfico hay mudanza en los rumbos y alternativas. Traslados de una comarca en descenso hacia otras con albores de encumbramiento.

La monografía que ligeramente comentamos es rica en contenido. Allí se ofrece: los orígenes, los artífices españoles que aportan los métodos europeos que luego se injertarían con la tradición incaica la del secular tejido autóctono. La oscilante política metropolitana, a la cual clasifica en períodos. Muchas técnicas, por ejemplo, la que se empleó en los batanes, la de la tintorería en pailas y peroles, con sus materias primas vegetales, la cochimilla, el añil y más tarde el uso del tanino y la práctica de dar solidez a los colores o sea el mordiente conocido entonces por “el enjebado”.

No es posible pormenorizar la abundancia de datos, verdaderas astillas que fue recogiendo pacientemente en documentos coetáneos. Por esa búsqueda difícil, por la legislación teórica y su verdad en la práctica soslayada, por el engarce y vínculos que ofrece con la Mita y la Encomienda, por su pesquisa en los expedientes llamados “Visitas de Obrajes” —afanes de la autoridad en disminuir abusos y codicias— y decenas de temas conexos, hállese el porque, el estudioso advierte la importancia de este libro.

Ciertamente Silva Santisteban nos da monografía de suma importancia. La ha inquirido con indismayable tesón. Sus juicios son claros y también serenos. Veo no poco del triunfo en ese hallazgo de fragmentos sueltos que apuntaban ya en pergaminos o en hojas sin rótulo clasificador. Esta tarea de años merece felicitación sincera. Escogió tema que era bosque inexplorado y en él ha hendido trocha. Su libro será derrotero insustituible para nuevos empeños en similar directiva. Ha llenado laguna de las muchas que aún ofrece nuestra destartada historia económica del Virreinato. Su desempeño alentó reciedumbre, inequívoco valor por

internarse en uno de los quehaceres historiográficos menos tránsitados, sin previos apoyos, con virginidad de suyo temible.

Lima noviembre de 1965.

*Manuel Moreyra Paz-Soldán*

*Historia de la Cámara de Comercio de Lima.— Auspiciada por la Cámara de Comercio de Lima y trabajada por Jorge Basadre y Rómulo Ferrero.— Con notas de presentación, índices y sumarios.— 371 páginas y grabados.— Imprenta Valverde, Lima, 1963.*

En 1963 la Cámara de Comercio de Lima cumplió setenta y cinco años de continua y provechosa actividad al servicio no solo del comercio, sino del país. Para dejar gravado ese momento conmemorativo, la institución, con gran sensibilidad y en obsequio a la cultura nacional, patrocinó la elaboración de su historia, en la cual aparece el antiquísimo Tribunal del Consulado de Lima entre sus más viejos antepasados. El trabajo fue encomendado a Jorge Basadre y Rómulo Ferrero, cuyos antecedentes en el campo de la historia, del primero, y de la economía; del segundo, dan a la obra sobresaliente categoría. Basadre traza la vida de la Cámara desde su fundación en 1888 hasta 1938, y Ferrero continúa de 1939 a 1962. Ambas partes, tanto por sus características internas cuanto por su forma exteriorizan la diferente especialidad de los autores y así mismo su distinta orientación en el modo de ver y retratar la trayectoria de la Cámara de Comercio de Lima, aunque uniéndose los dos en el común propósito, muy bien logrado, de mostrar la vida de ese organismo económico en constante función de la realidad nacional. Ambas partes también ponen en evidencia la incursión de Basadre en el campo especializado de la historia económica de tipo institucional, tan escasa en nuestro medio, y el ingreso de Ferrero, el técnico economista; en el ámbito de la disciplina histórica. Y si el primero ha recurrido para su labor a fuentes fundamentalmente históricas, el segundo ha utilizado principalmente, como elementos de trabajo, múltiples y diversos índices económicos y financieros.

Como es sabido, desde que fuera fundada en tiempos difíciles de depresión, la Cámara de Comercio de Lima estuvo vinculada muy estrechamente al desarrollo económico del Perú, de aquí que Basadre, con el integralismo y organicidad que distinguen a su grande y calificada producción histórica y con su particular cualidad de penetrar en las esencias,